

FRANCESCA
CAVALLO

CUENTOS DEL ESPACIO

Por la
autora de
*Cuentos de
buenas noches
para Niñas
Rebeldes*



para HOMBRÉS
del MAÑANA

Ilustraciones de
Luis San Vicente

Planeta
Junior

FRANCESCA
CAVALLO

CUENTOS DEL ESPACIO

Por la
autora de
*Cuentos de
buenas noches
para Niñas
Rebeldes*



para **HOMBRES**
del **MAÑANA**

Ilustraciones de
Luis San Vicente

Planeta
Junior

ÍNDICE

EL PLANETA
DE LOS ARCHIBONZOS

22

EL PLANETA
DE LOS PIRATAS

34

EL PLANETA
DE LA SELVA ENCANTADA

44

EL PLANETA
DE LOS OGROS

56

EL PLANETA
DE LOS FANTASMAS

70

EL PLANETA
AZUL

78

ESTACIÓN
ESPACIAL PARA
ADULTOS

INTRODUCCIÓN

8

ACTIVIDADES

166

**ADULTOS PERMITIDOS
SÓLO ACOMPAÑADOS
POR NIÑOS**

**EL PLANETA
DE LOS CUMPLEAÑOS**

92

**EL PLANETA
DE LOS PINCELES MÁGICOS**

104

**EL PLANETA
DE LAS RANAS**

116

**EL PLANETA
MALOLIENTE**

126

**EL PLANETA
DE LOS CONEJOS**

140

**EL PLANETA
DE LOS DESECHOS**

152

AGRADECIMIENTOS

170

**LA AUTORA Y
EL ILUSTRADOR**

174

**HOMBRES
DEL MAÑANA**

178



EL PLANETA DE LOS ARCHIBONZOS



SOBRE UNA COLINA AZUL, EN UN PLANETA ATRAVESADO POR UN GRAN RÍO ROSA, SE LEVANTABA UN PALACIO CON MIL HABITACIONES.

Trescientas eran recámaras y trescientas eran baños. Había cien cocinas, ochenta salas de juegos y veinte albercas. De las otras doscientas habitaciones, nadie sabía nada. En el enorme palacio vivían cuatro personas: los hermanos Bartolomeo y Vanda con sus padres, los archidukes de Archibonzos.

Los Archibonzos vivían ahí desde hacía varias generaciones. En el pasillo más largo había una galería de retratos de todos los grandes hombres que habían reinado hasta entonces. Al final del pasillo destacaban dos marcos suntuosos, vacíos.

—Un día aquí estaré yo, hijo mío —le decía el archiduque a Bartolomeo.

—Y ahí estarás tú —agregaba la archiduquesa.

Por Vanda, la niña, nadie se preocupaba. Además, no había mujeres en los cuadros. La tradición pedía que fuera el primer hijo quien heredara el palacio, con el objetivo de dejárselo a su primer hijo hombre y así sucesivamente.

—¡LA TRADICIÓN NO SE TOCA!

—decían al menos una vez al día el archiduque y la archiduquesa. Sin embargo, la tradición era costosa. ¡Muy costosa!

De hecho, con sus trescientas chimeneas y sus veinte albercas, aquel palacio consumía toda la leña y el agua disponibles en el planeta entero, dejando a los habitantes que vivían alrededor del palacio con frío y sed.

Un día, una anciana con los hombros y los dedos arqueados por los años pidió audiencia con el archiduque. Él la recibió sumido en su enorme sillón rojo; a su lado estaban la archiduquesa y sus dos hijos.



—Hace frío y no tengo agua para bañarme ni para beber —dijo la anciana—. ¿Podría vivir en una de las doscientas habitaciones que no usan?

—¡Qué idea tan extraña! —respondió el archiduque—. Desde que el mundo es mundo, en este palacio pueden vivir sólo los archidukes de Archibonzos, y usted, con todo respeto, no es ni una archidukesa ni una Archibonzo.

Después miró a su esposa y al unísono dijeron:

—¡LA TRADICIÓN NO SE TOCA!

Vanda corrió a tomar una jarra de agua y se la llevó a la señora, para disgusto de los archidukes. Bartolomeo estaba a punto de decir algo, pero permaneció en silencio para no contradecir a sus padres como lo había hecho su hermana.

Entonces, la anciana dirigió su rostro arrugado precisamente hacia él y dijo:

—Por la codicia de los Archibonzos y por tu silencio, te maldigo. Podrás ser un archiduke que reine sobre nosotros, pero no podrás

reinar sobre ti mismo. Flotarás a la deriva, incapaz de detenerte, mientras los Archibonzos y sus descendientes sigan gobernando este planeta.

Un escalofrío recorrió la espalda de Bartolomeo. Quería rogarle a la anciana que lo perdonara, pero una vez más su voz se quebró. Mientras miraba la joroba de la mujer desaparecer a lo lejos, sintió cómo su cuerpo se quedaba sin peso, como si una fuerza invisible lo estuviera jalando hacia lo alto. Buscó frenéticamente algo a lo cual sujetarse, pero ya estaba suspendido en el aire.

—¡Rápido! —le gritó el archiduque a la archiduquesa, subiendo al trono para sujetar la pierna de su hijo—. ¡Dame una cuerda!

Una vez que tomó uno de los cordones de las cortinas, la mujer amarró un extremo al tobillo de Bartolomeo y otro a la muñeca de su marido.

De aquel día en adelante, el archiduque arrastró con él a su hijo adondequiera que iba, como si fuera un globo amarrado a un hilo.

—No te preocupes, hijito —le gritaba el archiduque para que su hijo lo escuchara—, yo gobernaré por ti, pero de cualquier manera colocaremos tu retrato en la galería.

Mientras tanto, Bartolomeo, desde lo alto, podía ver aún mejor el sufrimiento que su padre estaba causando al pueblo. Al mismo tiempo, Vanda, desde la tierra, veía cómo su hermano se ponía cada vez más triste.

Una noche, una terrible ventisca cayó sobre el planeta. Así que el archiduque, que tenía que salir para pedirles a sus súbditos que dejaran de quejarse y de beber el agua procedente del cielo, decidió dejar a su hijo en el palacio atado al respaldo de una silla.

Cuando Vanda lo vio, entendió que ésta era su oportunidad. No soportaba ver a su hermano en esas condiciones, así que desató el cordoncito de la silla, se lo amarró a la muñeca y huyó en la ventisca.

Truenos ensordecedores y rayos enardecidos parecían romper el firmamento en mil pedazos. El cielo quedó





intacto, pero justo cuando Vanda iba a entrar a una pequeña cueva para refugiarse, un rayo cayó cerca de ella y la cuerda que ataba a Bartolomeo con su hermana se rompió. Desesperada, Vanda gritó y pidió ayuda, pero nadie podía oír sus gritos en la tormenta. En un instante el chico fue arrastrado, sacudido de un lado al otro por el viento, como un barquito de papel entre las olas de un mar en tempestad.

Voló cada vez más lejos hasta que se enredó en las ramas del Gran Violeta, el árbol más majestuoso del planeta entero. Ahí, exhausto, se quedó dormido. Cuando despertó a la mañana siguiente, la tormenta ya había pasado y él se encontraba a pocos centímetros de la cara de...

—¡Vanda! —exclamó Bartolomeo fuera de sí por la felicidad.

—¡POR FIN DESPERTASTE!

—exclamó la niña y le estampó un beso en la frente.

—Creí que ya no te volvería a ver —respondió el chico.

Teniendo cuidado de no rasguñarlo, Vanda ayudó a su hermano a desprenderse de las ramas torcidas del árbol violeta y le contó con detalle todo lo que había visto mientras corría detrás de él para no perderlo en la ventisca. Así, los dos decidieron viajar a lo largo y ancho de su hasta ahora desconocido planeta. Miraron el río rosa, treparon sobre montañas amarillas y corrieron a más no poder en llanuras de espigas rojas y altísimas que hacían cosquillas.

Con creciente maravilla, los dos descubrieron que mientras más se alejaban del palacio, el planeta era más bello.

—¿No estás enojada conmigo? —le preguntó una tarde Bartolomeo a su hermana; tenía una

piedra sobre las piernas para permanecer sentado junto a ella cerca del fuego.

—¿Por qué? —preguntó Vanda.

—Porque no prepararon un cuadro en la galería de los Archibonzos para ti —respondió el chico mientras se enrojecía.

—¡Estaría muy apretada en un marco! —rio Vanda.

—Quizá deberíamos regresar a casa —dijo Bartolomeo.

—Sí —asintió Vanda—, regresemos. —Y así, aquella niña alegre y su hermano volador se dirigieron hacia el palacio.

Cuando llegaron, descubrieron que desafortunadamente el archiduque y la archiduquesa habían muerto, uno ahogado con un hueso de pollo y la otra con una rebanada de jamón demasiado gruesa.

Bartolomeo y Vanda llevaron flores a la tumba de la archiduquesa y encargaron un bonito retrato del archiduque para ponerlo en la galería, justo como él hubiera querido. Luego, Bartolomeo tomó el marco vacío que un día albergaría su retrato y lo quitó de la pared. Miró a su hermana y le dijo:

—Creo que también estaría muy apretado en un marco.

LA TRADICIÓN DE LOS ARCHIBONZOS TERMINA AQUÍ.

El hechizo se rompió con esas palabras.

Bartolomeo miró hacia abajo y vio que sus pies, por fin, tocaban otra vez el suelo.

El palacio había estado vacío por mucho tiempo, pero ahora bullía de vida. De hecho, por invitación de Bartolomeo y Vanda, los habitantes se concentraron en los pasillos, se arrojaron a las albercas, se recostaron a la sombra de los sauces celestes en el jardín.

Desde las veinte cocinas empezaron a llegar aromas de todo tipo y se prepararon grandes mesas para cualquier comensal que pasara por ahí.

Todavía hoy, si ustedes llegaran para comer en el planeta, podrían participar en uno de esos alegres banquetes y pasear en la galería para admirar los retratos de todos los Archibonzos.

O mejor dicho, de todos
excepto de uno.



